



ISTITUTO DEL VERBO INCARNATO

PROCURA

Acilia, Roma, 12 de Octubre de 2014
Día de la Hispanidad

Queridos Todos en el Verbo Encarnado,

Como es de público conocimiento, la Jornada de las Misiones se celebrará este año el 19 de octubre; en ese mismo día el Papa Pablo VI será beatificado por Su Santidad el Papa Francisco. Teniendo en cuenta que el próximo año tendrá lugar el 50 aniversario de la promulgación del decreto *Ad Gentes* del Concilio Vaticano II, y dado que el tema de las misiones es tan central en la vida de nuestro Instituto, quisiera de algún modo unir los tres ítems en esta Circular que les envío.

Por gracia de Dios, este año he podido visitar varias de nuestras misiones. Estuve en Ushetu (Tanzania), luego en Kazan (Rusia), y más tarde pude realizar una visita a la vice provincia Nuestra Señora del Cisne (Ecuador); visité también la Argentina, y últimamente he estado en Papúa Nueva Guinea, con un breve paso también por Sydney (Australia). Por otra parte, ya en diciembre del 2013 había tenido la gracia de realizar una breve visita a varias casas del Este de los Estados Unidos.

Una pregunta que viene espontáneamente a la mente al visitar algunas misiones nuestras es **por qué estamos precisamente allí**. Se podría aludir algunos motivos para esto: preferencias apostólicas del Instituto, vocación y atracción personal de algunos de sus miembros, respuesta a pedidos de los obispos, factores circunstanciales, etc. Sin duda alguna, estos u otros motivos semejantes pueden, en cierta medida, dar razón de por qué vamos a las misiones y, en particular, por qué a ciertos lugares que tienen alguna dificultad especial. Con todo, hay una razón principal sin la cual toda otra razón deja de tener peso y que, sola, justifica nuestro compromiso con las misiones: de lo que se trata es de **la salvación de las almas**. Es decir, estamos allí para cumplir la voluntad de Dios –que es quien nos ha llevado a todos esos lugares- de que *todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tim 2,4).

Creo que esta verdad está expresada paradigmáticamente en la respuesta que nos dieron nuestros Padres en Medio Oriente. Recientemente hemos vuelto a realizar una consulta a cada uno de ellos, para saber si querían permanecer allí, a pesar de la guerra, y todos respondieron diciendo que eligen quedarse en sus misiones. A modo de ejemplo tomo parte de la respuesta de uno de los Padres:

“Ellos [los cristianos] necesitan de los sacramentos... cuando cayeron las ciudades del norte (...) el último grupo que dejó la ciudad fue el de los enfermos y ancianos que fueron los que ‘soportaron hasta lo último’... pues bien, en una situación así: ¿quién les da los sacramentos?... No podemos dejarlos solos, cuando más lo necesitan...”.

La misión, llevar a Jesucristo, evangelizar a quienes no lo conocen, no es una opción. El Papa Francisco lo decía en su Mensaje para la Jornada para las Misiones de este año: “Hoy en día todavía hay mucha gente que no conoce a Jesucristo. Por eso es tan urgente la misión *ad gentes*, en la que todos los miembros de la Iglesia

están llamados a participar, ya que la Iglesia es misionera por naturaleza: la iglesia ha nacido ‘en salida’” (8 de junio de 2014).

Lamentablemente, hay veces en que la misión, en cuanto tal, es cuestionada. Las razones que se aducen para esto son por cierto muy variadas, y no es el propósito de esta carta enumerarlas. Pero hay una en particular que se escucha últimamente y que considero especialmente nociva; surge de cierta interpretación que a veces se hace del Concilio Vaticano II y de ella resulta que la necesidad de las misiones –especialmente de las misiones *Ad Gentes*– queda totalmente aguada, cuando no directamente negada.

Dado que el Instituto recibe tantos pedidos de fundaciones por parte de obispos (un promedio de 1 o 2 pedidos por semana), y muchos de ellos provenientes de las misiones de la Iglesia; creo que estamos tocando un tema central, de gran actualidad y urgencia.

Considero que una mala interpretación del Vaticano II en esta materia ha sido y continúa siendo profundamente perjudicial para la Iglesia y sus misiones.

El Concilio habla muy claramente en relación a la necesidad de las misiones. Lo ilustro con un ejemplo. El 6 de noviembre de 1964, Pablo VI se presentó en persona a la Congregación General 116 del Concilio para dirigir a los padres conciliares una alocución en relación al tema que trataban en ese momento y que luego pasaría a ser el n. 7 del decreto *Ad Gentes*¹. En esa ocasión el Papa dijo lo siguiente:

“Tened por cierto, queridos hermanos, que con frecuencia hemos querido estar presentes en las Asambleas del Concilio Ecuménico que estáis celebrando en esta aula sagrada de la Basílica Vaticana. Dado que Nosotros habíamos decidido presidir al menos una de vuestras Congregaciones Generales, hemos elegido estar presentes en este día en que será discutido vuestro esquema sobre la misión. Al elegir este día, ha sido persuasivo para Nosotros el peso y la importancia del tema al cual ahora dirigís vuestras mentes y espíritus. Las palabras del divino mandato tienen su eco en Nosotros, el sucesor del Beato Pedro, y en vosotros, los sucesores de los Apóstoles: ‘Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura’ (Mc 16,15); del cumplimiento de este mandato ha dependido y dependerá la salvación del mundo”².

Come se ve, el Papa declara haber sido esta la única sesión del Concilio –al margen de los discursos inaugurales o conclusivos de sesión– en la que decidió participar de forma directa. Dado que ni Pío IX ni ninguno de los Papas que reinaban durante los Concilios Vaticano I y de Trento, participaron en ninguna sesión de esos Concilios; nos encontramos ante el hecho histórico de hacerse presente un Papa en las sesiones conciliares por primera vez desde la Edad Media³. Pues bien, de todas aquellas sesiones, Pablo VI eligió hablar precisamente cuando se trataba el tema de las misiones, y dijo: ¡***“Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura” (Mc 16,15); del cumplimiento de este mandato ha dependido y dependerá la salvación del mundo”!***

Veamos ahora parte del n. 7 del decreto *Ad Gentes*, que se discutía cuando intervino Pablo VI, tal como quedó en la redacción definitiva:

“La razón de esta actividad misional se basa en la voluntad de Dios, que ‘quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad, porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos’ (1 Tim 2, 4-6), ‘y en

¹ En ese momento se lo llamaba aún el “*Schema Propositionum de Activitate Missionali*”, cf. *Acta Synodalia Sacrosanti Concilii Oecumenici Vaticani*, III/VI, pp. 327 ss.

² “Euntes in mundum universum, praedicate Evangelium omni creaturae’ (Mc 16,15), e quo efficiendo iusso salus mundi pependit et pendet” (*ibid.*, III/VI, p. 324).

³ Cf. Giuseppe Alberigo, *History of Vatican II*, Maryknol, N.Y.: Orbis Books, 2003, Vol. IV, pp. 333 ss.

ningún otro hay salvación' (*Act* 4,12). Es, pues, necesario que todos se conviertan a Él, una vez conocido por la predicación del Evangelio, y a Él y a la Iglesia, que es su Cuerpo, se incorporen por el bautismo”.

En lo que se refiere a la necesidad de las misiones, el texto del Concilio no podría ser más claro. Por supuesto que, como enseña la teología católica, para quienes se encuentran en ignorancia invencible Dios puede conceder auxilios por vías extraordinarias. Aun así es una obligación impostergable de la Iglesia predicar el Evangelio, según prosigue *Ad Gentes* 7.

Diez años luego del Concilio Paolo VI denunciaba la falta de fervor misionero, precisamente basada en una mala inteligencia del Concilio⁴. “¿Para qué anunciar el Evangelio, ya que todo hombre se salva por la rectitud del corazón?”⁵. A esta pregunta retórica, articulada no sin cierta ironía, respondía: “Cualquiera que haga un esfuerzo por examinar a fondo, a la luz de los documentos conciliares, las cuestiones que tales y tan superficiales razonamientos plantean, encontrará una bien distinta visión de la realidad. [...] En realidad, si su Hijo ha venido al mundo ha sido precisamente para revelarnos, mediante su palabra y su vida, los caminos ordinarios de la salvación. Y Él nos ha ordenado transmitir a los demás, con su misma autoridad, esta revelación”⁶.

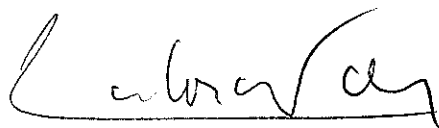
Cuando se habla de las misiones, de lo que se trata, ni más ni menos, es de **la salvación de las almas**. O si se quiere, de cumplir la voluntad de Dios prestando todo nuestro ser para que todos los hombres se salven y conozcan a Jesucristo, que es la Verdad. Ese es el motivo por el cual vamos a las misiones. Obviamente, si no se tiene claro esto, no se va a las misiones. Y tampoco habrá vocaciones para las misiones. Uno no expone su vida por motivos meramente filantrópicos. Uno no se expone a la guerra; a la enfermedad; al posible fracaso humano; a dejar patria, familia, cultura, amigos, etc. por un motivo cualquiera. Se hace por Cristo y por las almas o sino sencillamente no se hace. Esto es lo que explica el heroísmo, en la historia bimilenaria de la Iglesia, de tantos misioneros y misioneras, desde el comienzo del cristianismo hasta nuestros días. Se hace difícil no citar algunos casos paradigmáticos de las santas “locuras” que han hecho tantos misioneros a lo largo de los siglos, aunque por razón del espacio no me detengo en este punto.

Recientemente el Papa Francisco le dijo al Padre Jorge Hernández: “Te tengo que confesar que como obispo y como argentino me siento muy orgulloso de vos y de todos ustedes”. Esta frase del Santo Padre vaya dirigida, como un verdadero homenaje, a todos nuestros queridos misioneros, y especialmente a quienes se encuentran en la Franja de Gaza, en Siria y en Irak.

No quiero dejar de mencionar dos proyectos que por la gracia de Dios el Instituto ha podido realizar en relación a las misiones: la oficina de las misiones, y el voluntariado. Mucho se podría decir de ambas cosas pero no nos queda más espacio para esto en esta Circular.

Y termino con una frase de Pablo VI tomada de una homilía que predicó en la solemnidad de Pentecostés de 1964, en el que invitaba a la evangelización: ¡“La mayor parte de la humanidad aún no ha recibido el mensaje de Pentecostés. El mundo aún no es católico”!

En Cristo y María Santísima,



P. Carlos Walker, IVE
Superior General

⁴ Cf. Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 80.

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*